

## Reseñas

WILSON, PATRICIA, *Exports and Local Development, México's New Maquiladoras*, Austin, University of Texas Press, 1992.

En los últimos diez años los estudios acerca de la industria maquiladora han señalado ciertos cambios que matizan la idea de una industria homogénea con procesos intensivos de trabajo, ensamble de piezas o componentes y tecnología tradicional.

La década de 1980 trajo una novedad adicional: la instalación en mayor proporción de plantas maquiladoras más allá de las ciudades fronterizas. Algunas inversiones de este tipo de industria se establecieron en Guadalajara y Monterrey —sedes importantes de la industria tradicional mexicana— y en otros lugares —semejantes a los *greenfields*—, característicos de algunas de las nuevas localizaciones de la industria internacional a partir de los años ochenta. Este es el caso, por ejemplo, de Yucatán. Con estos elementos es posible comprobar una notable reestructuración productiva y organizativa junto con otra de tipo espacial.

Sin embargo, no son éstas las dos únicas novedades observables. Por un lado, la política de apertura económica, iniciada en México desde mediados de los años ochenta, ha venido acompañada de nuevos instrumentos como el Programa de Importación Temporal para Exportación (Pitex) y el Programa de Empresas Altamente Exportadoras (Altex) que configuran un marco arancelario e impositivo que permite a otras industrias manufactureras operar en condiciones similares a las de la maquila. Por otro lado, la apertura adicional que supondrá el Tratado de Libre Comercio profundizará las condiciones mencionadas y las ampliará a toda la industria nacional. Se puede pronosticar que el movimiento de globalización que dio lugar al crecimiento decisivo de la maquiladora en los años ochenta hará desaparecer a mediano plazo la singularidad de la misma. Por lo tanto, la industria tiene que ser vista inserta no sólo en el proceso de subcontratación internacional sino, además, en una estrategia económica de integración supranacional.<sup>1</sup>

Sin embargo, todavía subsisten rasgos “originales”. Uno de ellos es la

<sup>1</sup> Un panorama exhaustivo acerca de estos temas se puede encontrar en Bernardo González-Aréchiga y José Carlos Ramírez, “Perspectivas estructurales de la industria maquiladora”, en B. González-Aréchiga y J.C. Ramírez (comps.) (1990), *Subcontratación y empresas transnacionales*, México, Colef-Fundación Friedrich Ebert.

escasa integración de las plantas de maquila con las economías locales donde se insertan. La integración productiva, tanto para el capital manufacturero que invirtió en México desde los años cuarenta como para los establecimientos maquiladores fue un objetivo de la política industrial en la era de la sustitución de importaciones. Logrado con desigual fortuna en la manufacturera y con escaso éxito en la maquila, a mediados de los ochenta la política del gobierno parecía relegar a un segundo plano el objetivo de la integración ante la nueva estrategia exportadora; en lo que atañe a la maquiladora, la abundante creación de empleos y la obtención de divisas hacían exitoso, desde la perspectiva gubernamental, un tipo de desarrollo industrial que había sido abundantemente criticado desde diversos puntos de vista. La "integración productiva" era vista, en el mejor de los casos, aunque no se formulara así, como un objetivo "voluntarista" en exceso.

Sin embargo, la preocupación subsiste en otros ámbitos. Una prueba de ello es el libro de Patricia Wilson *Exports and Local Development. Mexico's New Maquiladoras*, que recoge algunos artículos publicados por la autora como avances de investigación e incorpora nuevos aspectos de tipo teórico y empírico que le dan coherencia.

El libro de Wilson es una confirmación y un intento de precisar la evolución a que nos referíamos al principio para extraer un diagnóstico de las posibilidades de evolución de los procesos de integración productiva en los entornos espaciales donde se localizan las plantas.

La autora comienza con una revisión de las experiencias internacionales desde los años sesenta en algunos países del Tercer Mundo. De aquí surgen dos preguntas: 1) ¿Por qué la maquiladora se implantó en un número relativamente reducido de países de América Latina? 2) ¿Por qué en los países del sudeste asiático la maquiladora consiguió un alto nivel de integración productiva, de modo que en ocasiones se convirtió en un eje fundamental de las estrategias exportadoras de aquellos países? Para Wilson la escasa presencia de la industria maquiladora en América Latina obedece, por un lado, a que la política de sustitución de importaciones en un marco institucional de regulación económica con fuerte presencia sindical y, por otro lado, los objetivos de redistribución y escaso interés por las exportaciones, inhibieron este tipo de inversión. Un maridaje de clases medias y trabajadores sindicalizados con gobiernos populistas no conformaban el mejor "clima de negocios" para la eficiencia buscada por la industria maquiladora de exportación. Con todo, se establecieron en países como Haití y Puerto Rico y también en México. Algunas firmas lo hicieron por la proximidad de México a Estados Unidos, otras en un intento de diversificar riesgos en sus estrategias de inversión.

En cuanto a la evolución de la industria maquiladora en los países del sudeste asiático y su alto grado de integración con la industria local, la explicación se encuentra en las políticas estatales de apoyo a los proveedores y a las industrias autóctonas junto con el férreo control de las demandas de la mano de obra. En el sudeste asiático la maquiladora se entendió como una industria propia de una fase transitoria dentro de una estrategia de manufacturera exportadora. A la vista de estos desarrollos, la pregunta adicional es si, en el

caso de México, el giro relativamente reciente hacia una política exportadora puede dar lugar a situaciones semejantes a la maquiladora asiática.

Para examinar esas posibilidades en el libro que comentamos se analizan 71 plantas, en Tijuana, Ciudad Juárez, Guadalajara y Monterrey, por medio de entrevistas con las gerencias respectivas. Las áreas de interés analizadas son: 1) La tecnología de producción; 2) Las relaciones interfirmas; 3) Las relaciones en el taller (*shopfloor*), y 4) Las técnicas de administración (*management*). Los resultados, ante diferentes preguntas cuantitativas y cualitativas alrededor de estas cuatro grandes áreas de interés, permitieron a Patricia Wilson distinguir tres tipos de plantas: las de proceso de ensamble intensivas en trabajo, las maquiladoras manufactureras con procesos de producción en masa y las de producción flexible. La comparación entre los diferentes tipos en las ciudades escogidas lleva a la autora a dos conclusiones: 1) El porcentaje relativamente alto de insumos mexicanos usados por las maquiladoras del interior —las de Guadalajara y Monterrey— no es el resultado de que la inversión extranjera crea mayor demanda estimulando la industria local de proveedores; más bien es la consecuencia de la búsqueda de capital local que intenta alcanzar los mercados de exportación por medio del estatus de maquiladora; 2) Las firmas de mayor contenido local no son la segunda generación de productores flexibles, sino más bien las de las manufactureras y ensambladoras.

Para Wilson éstas son dos fuertes limitaciones en la creación de un nuevo estilo de desarrollo con cierta cohesión estructural, del tipo de los “distritos italianos”, donde se ha dado en los últimos años una fuerte integración horizontal entre pequeñas y medianas empresas altamente exportadoras bajo el impulso de los gobiernos locales. El “modelo” maquilador sería muy diferente por la subsistencia de plantas ensambladoras y manufactureras que no incorporan los métodos de organización de la “producción flexible”. Una conclusión interesante es además que las plantas incluidas en la categoría de “producción flexible” son en buena medida aquellas implantadas en los setenta que modificaron sus métodos organizativos; por el contrario, en las dos otras categorías se encuentran una cantidad mayor instaladas más recientemente.

La presencia de plantas de “producción flexible” es una prueba de la compatibilidad de los bajos salarios con dichos métodos y con la distancia a la frontera, como lo demuestra el hecho de que en Guadalajara hay plantas que incorporan el *just-in-time*. Sin embargo, para Wilson hay un aspecto a reseñar en ese tipo de técnicas. La aplicación de éstas no se realiza de manera integral, y la autora considera que dichas plantas en realidad ofrecen “una caricatura” de la producción flexible.

La emergencia de productores flexibles no se acompaña de capacidad autónoma de investigación y desarrollo (R + D) o por una autonomía económica. Lejos de ser una Tercera Italia de pequeños productores autónomos capaces de capitalizar las economías de automatización flexible en pequeña escala, las maquiladoras flexibles son casi divisiones o subsidiarias de las grandes corporaciones de Estados Unidos (o de las japonesas) (p. 71).

Las diferencias se concretan especialmente en lo que se refiere a la organización del trabajo:

Tampoco hay un involucramiento o responsabilidad creciente de los trabajadores en las plantas de producción flexible acompañadas de una significativa mejoría en los contratos sociales en términos de salarios, ascensos de puestos, autonomía en el trabajo o poder de negociación (p. 71).

Así, la investigación empírica matiza de manera importante algunos de los planteamientos acerca de la evolución de la industria. Como señala la autora, es saludable abandonar los prejuicios ideológicos a la hora de enfrentar el tema. Es necesario asimismo comprobar las modificaciones:

Una tesis principal de este libro es que la industria de ensamble, como se ha experimentado en México, ha cambiado dramáticamente desde los primeros años ochenta en muchos aspectos. Ya no es simplemente la actividad de bajas calificaciones, intensiva en trabajo predominantemente femenino que era antes. La segunda generación de maquiladoras incorpora tecnología mucho más avanzada, métodos más intensivos en capital, una fuerza de trabajo más masculina y más manufactura (p. 4).

Sin embargo parece existir una tensión no resuelta entre las afirmaciones moderadamente optimistas del principio y la conclusión terminante de que nos encontramos ante una caricatura de la "producción flexible" de los países avanzados. ¿Qué rasgos tiene la "producción flexible de los países avanzados? Para empezar, como en el libro se menciona de pasada, subsiste el debate acerca del "nuevo modelo" a que está dando lugar la reestructuración industrial. Son conocidas las polémicas entre los partidarios del posfordismo, el neofordismo y la especialización flexible.<sup>2</sup> Ni en los mismos países avanzados la tendencia confluye de manera inequívoca y generalizada hacia un solo modelo, ni las estrategias de las plantas combinan de una sola vez los rasgos ideales de un posfordismo de altas calificaciones, avanzada tecnología y armónicas relaciones de cooperación entre el *management* y los trabajadores.<sup>3</sup> Por lo demás, conviene distinguir entre las distintas flexibilidades dentro de las plantas —tecno-

<sup>2</sup> Para muestra véanse, por ejemplo, la conferencia "Pathways to Industrialization" celebrada en 1990 en Los Angeles, California; asimismo un resumen de algunas de estas posiciones se encuentran en Jorge Carrillo y Alfredo Hualde (1991), *El debate actual sobre la flexibilidad en el trabajo*, Cuadernos de Trabajo, Departamento de Estudios Sociales Colef. Finalmente, es necesario mencionar el debate entre Ash Amin y Kevin Robbins por un lado y Charles Sabel, Michael Piore y Michael Storper por otro lado en "¿Neofordismo o especialización flexible?", *Sociología del Trabajo*, número extra, 1991.

<sup>3</sup> En Francia ciertos trabajos han subrayado que la flexibilidad tecnológica no ha supuesto un cambio en la organización del trabajo hacia formas más participativas. Véase Philippe Trouvé (1989), "¿Management de las flexibilidades o flexibilidades del management? Reflexiones sobre algunos usos franceses de las flexibilidades", *Sociología del Trabajo*, núm. 7.

lógica, del trabajo, etc.—, y aquella de la organización interempresarial. La correcta revisión de la autora de propuestas alternativas sobre las tendencias de localización de las plantas y el abanico de posibilidades organizativas tiene un reflejo en las interesantes diferencias que encuentra en su minucioso análisis de las plantas entrevistadas. Por eso resulta algo sorprendente condensar esas experiencias de un plumazo como una caricatura de las técnicas que se aplican en los países industrializados, aunque se entienda el propósito de resaltar rasgos tradicionales de los establecimientos analizados.

En cuanto a la creación de nuevos eslabonamientos con abastecedores locales, el estudio resulta particularmente significativo en las estrategias atribuidas a las plantas del interior. Estas áreas de mayor integración, con tradición artesanal e industrial previa, podrían en principio asemejarse a una organización interempresarial como la de los distritos italianos.<sup>4</sup> Sin embargo, falta la interpretación acerca del tipo de tejido social existente en zonas como Guadalajara y su relación precisa con la actividad económica. Este tipo de búsqueda podría dar alguna clave acerca de por qué en Guadalajara y Monterrey las relaciones interempresariales siguen siendo jerárquicas y la organización del trabajo más similar a los métodos atribuidos al taylorismo.

Finalmente, las propuestas de política pública y de estrategias de los propios abastecedores nacionales son coincidentes con otros estudios similares.<sup>5</sup> En este aspecto una veta de reflexión todavía más aprovechable es la que se refiere a la estrategia de proveedores de las maquiladoras japonesas —algunos de cuyos rasgos se mencionan en el libro— ante la implantación de las reglas de origen para empresas de países no firmantes del Tratado de Libre Comercio.

Un libro bien construido como el que comentamos, con referencias útiles de contextos internacionales y una información bien ordenada, tiene la virtud de no anticipar en general juicios definitivos y de aportar elementos que sustentan esta imposibilidad de ofrecer respuestas definitivas. ¿Será la maquiladora el modelo de industrialización para ciertas regiones de México? ¿Se podrá avanzar como en el caso de los países del sudeste asiático hacia una estrategia de exportación de una industria nacional globalizada? Sobre todo, ¿ese desarrollo irá en beneficio de un desarrollo social más equilibrado? Por el momento, la perspectiva de Wilson resalta las dificultades de las metas, pero en ningún momento cierra la puerta a esas posibilidades.

ALFREDO HUALDE

<sup>4</sup> En este punto es conveniente abandonar la imagen reificada del distrito italiano como la Arcadía perenne de la armonía interempresarial. Arnaldo Bagnasco ha apuntado en unas pocas páginas hechos cruciales para entender la evolución de dichos distritos; véase A. Bagnasco (1991), "El desarrollo de economía difusa: punto de vista económico y punto de vista de la sociedad", *Sociología del Trabajo*, número extra.

<sup>5</sup> Véase B. González Aréchiga y José Carlos Ramírez, "Estructura contra estrategia: abasto de insumos nacionales a empresas exportadoras", en B. González-Aréchiga y J.C. Ramírez (comps.), *op. cit.*, pp. 241-284.

WHITE, HAYDEN, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

“Que la historia haya copiado a la historia ya era suficientemente pasmoso; que la historia copie a la literatura es inconcebible...” dice Borges en *Ficciones* en el “Tema del traidor y del héroe”. El libro de Hayden White habla —desde el mismo lugar— de cosas inconcebibles para una mentalidad historiográfica tradicional, a partir de un elemento central y constitutivo de las formas de representación histórica: la narrativa.

La estrategia de White es presentar la narrativa como un factor central de la reflexión sobre la naturaleza de la cultura y sobre el papel que generaciones de historiadores, filósofos y críticos culturales le han asignado en la construcción de los saberes sobre lo social.

Su libro, desde un primer momento, reflexiona sobre el problema de si la narrativa es un recurso estilístico para la presentación de determinados conocimientos o, por el contrario, si la forma actúa sobre los contenidos, en el sentido de pensar que hay una profunda relación entre el acto de narrar y la manera en que representamos la realidad. Es decir, pensar la narrativa menos como un recurso estilístico que como una posición epistemológica.

Desde este punto de partida White pensará las estrategias discursivas de Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur con respecto al tema. Son seguidos en el texto. Pero también otros itinerarios intelectuales. Así, por ejemplo, encontraremos un diálogo permanente entre las discusiones con los integrantes de *Annales* y el propio autor. Este diálogo estará mediado por el rechazo radical de los historiadores franceses de esta escuela a la narrativa, vista como forma de hacer la historia más cercana a la novela y a la literatura que dramatizaba o modelaba las situaciones vividas por sus personajes, que como un método propiamente científico. White dirá en esta instancia que el argumento de los “Annalistas” apunta más a legitimar una historia de las tendencias a largo plazo en la economía, la demografía y la etnología que a una verdadera discusión teórica sobre los fundamentos epistemológicos de la narración. Se preguntará si los acontecimientos de naturaleza dramática en la historia no son dignos de ser estudiados; aún más, expresará que las formas de representación dramática no son en todo momento propiedad de la narrativa y que, en muchas ocasiones, tal como en la novela modernista, no habrá rastros de las mismas. La posición de la escuela de los *Annales* implica para el autor un desplazamiento del interés historiográfico hacia regiones donde la gente del pasado aparece sólo en la larga duración o en los “hechos de masas”, como diría Pierre Vilar, pero que para sostener este cambio se cometió el error de pensar que la narrativa era la “culpable”, puesto que se la identificaba con las formas de la historia política tradicional.

Entre las tradiciones narrativas tomadas por White, la obra de Johann Gustav Droysen es una de las más destacadas. Droysen es visto por el autor como el pensador de cierta fenomenología de la lectura histórica. En la *Historik* Droysen instruye al historiador sobre la producción de distintas lecturas para producir diferentes tipos de perspectivas morales en los lectores. La apelación de Droysen, señala White, se hacía directamente sobre el carácter referencial

de la historia entendida como actividad intelectual. Esto en el sentido de que la historia trataba con hechos que tenían una existencia más o menos comprobable, pero que el historiador debía interpretar y presentar de acuerdo con las necesidades del presente, lo que se traducía en la construcción de una moral. Sin embargo, el historiador no podía actuar de manera absolutamente arbitraria puesto que las referencias históricas se constituían en el presente a la manera de retos que conducían las interrogaciones y las preocupaciones. En esta relación con el lector Droysen intentaba la construcción de *topoi* o *logi* que vincularan desde la moral al lector con el que produce el texto histórico. Esta construcción es ideológica, dirá White en el sentido asignado por Althusser a la palabra, es decir como una forma de identificación de la moral con las prácticas reales de la sociedad a la que pertenece el lector. Situación que permite, por ejemplo, construir desde el lugar de la narrativa una representación del pasado que sirva para modelar una percepción del presente atravesada por los mismos valores. Una narrativa que, como práctica privilegiada, construya las nociones de continuidad, individualidad, totalidad que “toda sociedad ‘civilizada’ desea considerar que encarna, frente al caos de la vida meramente ‘natural’”. “La representación histórica puede producir en el sujeto una sensación de lo real que puede utilizarse como criterio para determinar lo que se tendrá por realista en su propio presente”.

White señala que la pretensión del historiador alemán era construir una *Histórica* que significara para la historiografía lo que la poética era para la ficción. Droysen reconocía una diferencia entre la historia y las ciencias naturales, pero también lo hacía con la literatura, no en el escenario de la imaginación que la ubicaba en las dos instancias, sino en el terreno de los acontecimientos. Aunque su historia no estaba legitimada desde el lugar de lo verdadero, de lo que realmente aconteció, sino desde la capacidad evocadora del historiador, que por medio de la narrativa construía, en conjunto con el lector, una moral.

Michel Foucault es la otra estación en el viaje por distintos itinerarios intelectuales que propone White. La obra del pensador francés es retomada en conjunto para reflexionar sobre el mismo espacio de significación abierto por el título del libro: el contenido de la forma. Por esa razón se puede leer: “afirmo que la autoridad del discurso de Foucault deriva principalmente de su estilo (más que de su evidencia fáctica o del rigor de la argumentación); que este estilo privilegia el tropo de la catacresis en su propia elaboración; y que, por último ese tropo sirve de modelo de la cosmovisión de Foucault”. En este recorrido White advertirá que la obra de Foucault es la obra de las paradojas, en virtud de su resistencia a dejarse moldear dentro de los cánones de la retórica convencional y de la crítica literaria corriente. El discurso de Foucault es un no discurso, como a él le gustaba definirlo, en el sentido de que empezaba por una paradoja y terminaba con una sentencia apolíptica negativa. Las positivities iban en el medio, en el lugar donde gustamos poner los “desarrollos”. En cierto modo era un rechazo a la narrativa, puesto que sus historias están plagadas de discontinuidades, brechas, vacíos, que se trasladan al espacio de sus argumentos. Pero la fascinación principal de los trabajos de Foucault, señala White, es que niegan la autoridad de la distinción entre coherencia e incoherencia. Los

temas de su obra marchan en esa dirección, puesto que buscan el espacio en que surgió el discurso de la diferencia (más que su origen o “base”) y de la reducción a alteridad de lo que era representado como tal. La locura, la clínica, la sexualidad son los ámbitos privilegiados para el despliegue de las narraciones que delimitan el terreno de lo “normal” y lo “anormal”.

White cierra este capítulo con la imagen del Foucault de las dos últimas obras, preguntándose por el movimiento realizado por éste hacia una historia lineal, con un método básicamente filológico. Una contracara de un autor peculiar, que hacia el final de su carrera y de su vida había adoptado una forma de composición tan pedante “como para hacer del sexo el más aburrido de los temas”.

En el intento de redimir la narrativa White propone una mirada sobre la obra de Frederic Jameson. Éste es tomado como el ejemplo de la perspectiva marxista más desarrollada sobre la crítica literaria. De acuerdo con la mirada del autor el marxismo no intentó ser siempre una “filosofía social reactiva”, pero la condición para que no lo fuera era que interpretara las leyes sociales e históricas y las usara para descorder el velo sobre la trama de toda la historia humana que hace a los “fenómenos de superficie no sólo comprensibles retrospectivamente sino también retrospectivamente significativos”. Según White, muchos marxistas modernos han tendido a abandonar el aspecto profético de la filosofía marxista, presente en las obras del temprano Marx como intento de construcción de una moral, y al hacerlo se han parecido más a quienes se enfrentaban, legitimando su trabajo desde la perspectiva de la ciencia para adquirir cierto tinte de respetabilidad. La faceta visionaria del marxismo fue dejada a los artistas literarios y estudiosos de la obra de Marx. Este movimiento refleja, en un sentido más amplio, el diferendo entre quienes consideran que las ciencias sociales deben generar un conocimiento terapéutico y quienes creen que deben construir un conocimiento transformador.

La pregunta de White es pertinente: “¿Cómo puede una visión, especialmente una visión de liberación humana y de la redención de la propia ‘sociedad’, estar autorizada alguna vez por razones prácticas o científicas?” En la brecha abierta por esta pregunta/reflexión White introduce el arte y la literatura puesto que ambos son capaces no sólo de ilustrar

la capacidad humana de imaginar un mundo mejor, sino también en la universalidad de las formas que utilizan para la representación de la propia visión [nos dotan] realmente de modelos o paradigmas de toda la productividad creadora [y] reclaman una autoridad de naturaleza diferente de la que reclama la ciencia y la política.

La narrativa ocupa en este cuadro un lugar de privilegio, porque es capaz de dominar los desgastes que la temporalidad produce. Pero sólo puede hacer esto una narrativa al estilo de la que Jameson propone, es decir como un “acto socialmente simbólico”, que otorga un gran poder a la forma —más que a los contenidos concretos—, para dar significado a los acontecimientos. Para Jameson la historia no es un texto, aunque nos pongamos en contacto con ella a través de textualizaciones. El conocimiento de la historia como proceso puede ser abordado hasta el reconocimiento de la noción althusseriana de la *causa ausente* de



los "efectos sociales presentes que experimentamos como 'Necesidad'". Pero para poder lograrlo Jameson recurre a la narrativa maestra de la propia historia marxista: la del mismo Marx, en tanto tiene la capacidad de unir, como estructura narrativa, las historias de diversos grupos, sociedades y culturas.

Desde otro universo de reflexión, White examina las principales posturas de Paul Ricoeur. Para éste hay una distinción entre las nociones de relato, narración y narratividad. La narrativa histórica la presenta como una forma de alegoría de la temporalidad, con la diferencia de que se habla de una alegoría verdadera. Aunque Ricoeur le otorgue a la narrativa de ficción una capacidad más amplia de representar la "idea [...] profunda de la 'experiencia humana de la temporalidad'", cree que la narrativa histórica presenta una faceta de "misterio irresoluble", aunque factible de ser comprendido.

La narrativa histórica, según Ricoeur, no debe confundirse con la crónica, en tanto que la primera contiene la referencia al universo de la temporalidad, la cual otorga a la narrativa el "aura de historicidad".

Los relatos discursivos de los que habla Ricoeur son los que poseen una trama. La presencia de la trama en el relato revela la existencia de una mediación "entre los acontecimientos y ciertas experiencias humanas universales de la temporalidad", pues con la trama se logra captar simbólicamente la naturaleza "aporética" de esa experiencia temporal. Por esa razón el discurso histórico está en una situación de total privilegio, al ser capaz de dotar de significado la forma de experimentar la temporalidad, porque trabaja con acontecimientos reales. Pero, a diferencia del novelista, el historiador no puede inventar los acontecimientos sino que debe "hallarlos" o "descubrirlos". Para Ricoeur el entramado historiográfico es una actividad poética que

pertenece a la imaginación [kantiana en vez de] a la imaginación 'reproductiva' o meramente 'asociativa' del escritor de ficción, porque es la imaginación productiva la que elabora los acontecimientos distintivamente históricos no menos que la que les da retrospectivamente una trama, o los refigura, una labor propia del historiador.

Para terminar, podríamos recuperar la cita de Borges que está al principio de la reseña. Ésta nos habla, creo, de dos tipos de horrores. Uno creado en el momento en que imaginamos que toda presentación discursiva de un tema sustituye al mundo real, y otro cuando advertimos la violencia que significa poner los acontecimientos históricos al servicio de un dispositivo comunicativo. El trabajo de Hayden White aparece como un intento de hallar respuestas menos violentas a este tipo de cuestiones. En el ejercicio de pensar cómo abordan distintos pensadores el problema de la narrativa, Hayden White la restituye como forma de experiencia social y epistemológica para afrontar el conocimiento del pasado, donde la imaginación provee de significado a la historia, pero ya no desde la pretensión de la verdad en razón de los contenidos, de los hechos comprobados podríamos decir, sino, precisamente, desde el "contenido de la forma" de la propia narración.